

L-222-7 FH/866

ORACIÓN FÚNEBRE

DEL CATÓLICO REY DE ESPAÑA

D. ALFONSO XII

PRONUNCIADA EN LA REAL CAPILLA DE PALACIO

por el Magistral de la misma

MONSEÑOR D. JAIME CARDONA

EL DÍA 25 DE NOVIEMBRE DE 1887

(2.º ANIVERSARIO DE SU MUERTE)



MADRID

IMPRENTA DE LOS SRES. VIUDA E HIJO DE AGUADO

8, PONTEJOS, 8,

1887

ORACIÓN FÚNEBRE

EN HONOR DEL CATÓLICO REY DE ESPAÑA

DON ALFONSO XII

FM/866 7.

ORACIÓN FÚNEBRE

DEL CATÓLICO REY DE ESPAÑA

D. ALFONSO XII

PRONUNCIADA EN LA REAL CAPILLA DE PALACIO

por el Magistral de la misma

MONSEÑOR D. JAIME CARDONA

EL DÍA 25 DE NOVIEMBRE DE 1887

(2.º ANIVERSARIO DE SU MUERTE)



Reg.º 6, 905.

MADRID

IMPRENTA DE LOS SRES. VIUDA E HIJO DE AGUADO

8, PONTEJOS, 8.

1887

*Et inclinavit (Rex) cor omnium
quasi viri unius.*

Supo ganarse el corazón de todos,
como si fuera el de un solo hombre.

(II Reg., cap. XIX, ver. 14.)

EXCELENTÍSIMO SEÑOR: ¹



OMBRÍA y triste, como fiesta de muerte, es la solemnidad que celebramos. Tiempo ha que las tinieblas de la aflicción han invadido este Santuario; pero hoy es más lúgubre y conmovedor el espectáculo que nos rodea. Aquí un paño mor-

¹ Presidía la ceremonia por delegación de S. M. el Señor Duque de Medina-Sidonia.

tuorio ante cuya negrura se hielan las alegrías del alma, como se eclipsan y desaparecen todas las glorias y las grandezas humanas. Allí los ministros del altar cubiertos con vestiduras de luto. Y oigo cantos que gimen, y voces que suspiran..... Y aunque alejáramos de la vista todos estos emblemas pavorosos, triste revelación de nuestra nada, bastaría el aniversario que conmemoramos á remover los hondos duelos del alma, y justificar las lágrimas y oraciones que derramamos en sufragio del noble Rey, que arrebatado á la vida en edad temprana, supo ganarse el corazón de todos, como si fuera un solo corazón. *Et inclinavit cor omnium quasi viri unius.*

Dos años hace que esta catástrofe inesperada hería dolorosamente el corazón de nuestra Patria; y ante la magnitud de la desgracia, sello y corona de otras desgracias anteriores no tan sentidas, brotó del pecho un grito desgarrador, y asomó al labio una protesta amarga contra la providencia inexorable que así nos atormentaba..... Sólo después, pasada la explosión del dolor, y purificada la vista por el llanto que antes la empañaba, inclinamos la frente resignados ante los designios del Altísimo; y con acento conmovido, no ya con quejas rayanas á la desesperación, murmuramos las palabras del Patriarca Job: *Dominus dedit; Dominus abs-*

tulit ¹. El Señor nos lo diera en una hora de misericordia y ahora lo arrebató presuroso á nuestro amor.

Ni fuimos solos en ese duelo nacional. Al recorrer la Europa, y después el mundo, la infausta nueva de la muerte de Alfonso XII, hubo en todos los pueblos de la tierra una hora de dolorosa sorpresa; y en ese silencio sublime de las grandes desolaciones, se recordaron las brillantes cualidades del inolvidable Monarca: vinieron á la memoria los rasgos de su valor y los heroísmos de su prudencia; y al repercutir nuevamente en el alma las temeridades de su ardiente caridad, profundamente afectados, como si hubieran perdido algo de lo mucho que nosotros acabábamos de perder, nos enviaron sus representantes á tomar parte en nuestra pena y acompañarnos en nuestra soledad.

No: ninguna muerte ha sido más llorada, después de la muerte de Pío IX, el inmortal Pontífice que lo apadrinara en el Bautismo. Y aunque los maestros de la elocuencia han ensayado su elogio en las cátedras sagradas y en la tribuna, no está hecho el elogio todavía; que sólo las generaciones futuras podrán abrir sin imprudencia las puertas de aquella alma grande y generosa, sorprender allí los secretos que la animaban y las esperanzas

(¹) Iob, cap. I, ver. 21.

que la sonreían, y lanzarlos, para gloria suya, á los vientos de la publicidad.

Excelentísimo Señor: al concentrarme en mi pequeñez, buscando una palabra que responda á vuestros deseos y justifique el homenaje de simpatía y de dolor que ha tributado el mundo al joven Rey que bajó al sepulcro, casi antes de vivir para su pueblo, encontré acumulados en su existencia, todos los accidentes de una vida real larga y dramática:

Un nombre ilustre entre los más gloriosos:

*Un gran infortunio noblemente sufrido:
Y un reinado maravillosamente fecundo,
apesar de su trágica brevedad.*

Tal es la materia del discurso que intento pronunciar, si me asiste la divina gracia, á la memoria del muy amado Rey de España,
D. ALFONSO DE BORBÓN Y DE BORBÓN, EL DUODÉCIMO DE ESTE NOMBRE.

EXCELENTÍSIMO SEÑOR:

TODO es obra de Dios: el mundo de la naturaleza como el mundo de la gracia ¹. Y si pudiéramos abarcar, en síntesis inmensa, el plan de la Providencia en la vida y marcha de las naciones, admiraríamos sorprendidos la invisible mano del Criador, ya trazando cordilleras de montañas ó franjas de mares que, á manera de líneas geográficas, separan un pueblo de otro pueblo; ya escribiendo en las cumbres del monte ó en las arenas de la playa las leyes misteriosas que han de regirlos, ó escogiendo, en fin, con predilección divina, las razas

¹ Condidit naturam et largitus est gratiam. (S. Aug.)

y familias encargadas de su aplicación. En vano atribuiríamos á caprichos ciegos de la fortuna ó á los juegos de la casualidad esos acontecimientos sorprendentes que la razón no explica: sólo Dios juega con los destinos del mundo y de los hombres, según la frase de nuestros libros santos: *ludens in orbe terrarum*¹: como sólo El puede elevar las naciones hasta el pináculo de la gloria, ó sepultarlas en los abismos de la abyección.

Así aparece en la historia, como escogida por Dios para dar Santos al Cielo, Reyes al Trono y Pontífices al altar, la histórica familia de Borbón. Radicando en los orígenes de la Monarquía, el primero y el más divino de los gobiernos, en expresión de Aristóteles: *primus et divinissimus Principatus*, ha contribuído, más que otra alguna, á crear en Europa este culto de amor y respeto á los Monarcas, que Tertuliano llama con profundidad cristiana, *la Religión de la segunda majestad*. Así se armonizan y se confunden la dignidad de los que reinan en la tierra y la divina autoridad de Aquel en cuyo nombre reinan, y que los ensalza ó los humilla en los eternos designios de su amor.

En medio de esta familia ilustre, ennoblecido con todas sus glorias, y nunca olvidado de sus eclipses, nace el Príncipe que

¹ Prov. VIII, 31.

aún lloramos. Esperado con las impaciencias del deseo, pedido al cielo con oraciones fervientes y prolongadas, su venida al mundo es saludada, como un iris de esperanza, con explosiones de júbilo inolvidables. Los corazones amantes de la paz adivinan la solución de un problema tradicional y pavoroso, que así agitaba las inteligencias en el campo de las ideas, como apasionaba y enardecía los corazones en los campos de batalla.

Herederó de la corona de San Fernando, garantiza su entrada en la Iglesia el gran Pontífice de la Inmaculada; en la gloriosa cueva de Covadonga aspira los alientos del héroe de la Reconquista, esa leyenda épica que siete siglos más tarde coronarían los venerandos nombres de Fernando é Isabel; y en el sepulcro de nuestro Apóstol en Santiago, y en el Pilar de la Virgen en Zaragoza robustece la fe de su bautismo. Así prepara Dios la educación religiosa del augusto Niño destinado al trono de este pueblo heróico; el único que, en medio del Areópago de las Naciones redimidas por la sangre de Cristo é iluminadas por su Evangelio, podía ofrecer al divino Conquistador la integridad de su fe y la unidad de su culto.

¡Qué bella, Señores, é interesante es la infancia de nuestro Príncipe! El santo amor de sus Padres, el cariño casi maternal de su Hermana; á dos pasos de distancia el Trono,

y detrás del Trono, inmensos horizontes con todas las glorias del porvenir. ¡La mañana de su existencia, como la de un hermoso día, está llena de luz y de perfumes! Luz de una inteligencia privilegiada, que en el momento de entreabrirse se revela para las grandes concepciones, y perfumes de un corazón cuya bondad será el encanto de los llamados á compartir con él los bulliciosos juegos de la edad primera, y cuyas emanaciones aspirarán más tarde con delicia los que tengan la dicha de rodearle. De tan lejos arrancan las atracciones poderosas á las que ningún corazón pudo resistir. *Et inclinavit cor omnium quasi viri unius.*

II.

PERO hay para los Reyes una estancia más alta que la del Trono, y una consagración más gloriosa que la del nombre con que los conoce la sociedad: es la estancia del destierro y la consagración del dolor. ¡Ah, Señores! No hay espectáculo más espantable para la conciencia que el espectáculo que ofrecen la iniquidad triunfante y la inocencia en la adversidad. ¿Quién no recuerda los preludios y las odiosas preparaciones de aquella emigración? Y sin embargo, son tan santas y tan fecundas las enseñanzas del infortunio, que si el crimen pudiera bendecirse, con el *felix culpa* de la Iglesia nuestra Madre, bendeciríamos aquel destierro, en cuya escuela aprendió el noble Príncipe la ciencia de la vida y la majestad del sufrir ¹.

¹ In tribulatione dilatasti mihi. (Psal. IV, ver. 1).

Olvidemos, Señores, si os place, aquellos días nefandos en que la traición y la deslealtad mancomunadas no tenían para la Iglesia española más que la cruz de Cristo, y para sus Reyes destronados la corona de espinas y el cáliz de la emigración. Dios, que ha puesto en los labios del Sacerdote *los secretos de la ciencia*¹, ha vertido en su corazón los bálsamos de la caridad. Y aunque recuerdos de perfidia me asaltaran en este instante, bastarían á dominarlos los magnánimos ejemplos del buen Rey que ha descendido al sepulcro sin conocer las tristezas del odio ni las amarguras del rencor.

«Parte al destierro, ilustre Príncipe: ves á seguir las huellas de tus gloriosos antepasados; y al recorrer aquellos pueblos y naciones *cuyo sol brilla menos que la luna de tu Patria*², disiparás con tu presencia esas nubes amontonadas por la revolución impía que sólo sabe rugir calumnias contra el Trono y herejías contra el Altar.»

Pero antes de recorrer los caminos del infortunio, antes de dar ejemplos de aplicación y de virtud en París y Suiza, en Viena y en Londres, el Príncipe Alfonso, como peregrino fiel, se dirige á Roma. Allí le espera con los brazos abiertos y el corazón de un Padre aquella víctima augusta del Vati-

¹ Malac. II, 7.

² Palabras del Príncipe en París.

cano, el que, extranjero en su Patria, y prisionero en su mismo hogar, le enseñará con su ejemplo á sufrir por la justicia, y, como el Angel al Profeta Elías, le dará el pan de los fuertes en el Santísimo Sacramento de la Comunión.

¡Qué escena, Excelentísimo Señor! ¡Qué cuadro! Ni el genio del artista ni la inspiración del poeta, la podrán jamás reproducir. Un venerable anciano, en cuya frente brillan la corona de la virtud, la de la ciencia y la del dolor, bajaba de aquellas alturas donde las glorias de la tierra se mezclan y se confunden con las del cielo, llevando en sus manos consagradas la hostia pura, como su misma conciencia, santa é inmaculada, como el alma del adolescente que la ha de recibir. Lágrimas de amor y de ternura bañan el rostro del inmortal Pío IX, y lágrimas de fervorosa piedad surcan las mejillas de Don Alfonso de Borbón.

No fué infecunda, Señores, aquella escena. Donde quiera encamine sus pasos el Príncipe de nuestras esperanzas, allí le acompañarán las bendiciones y los consejos del Gran Pontífice y el auxilio y la fuerza del Pan de la Primera Comunión. *In fortitudine cibi illius*¹.

Y ahora se ofrece á nuestra vista un con-


¹ III Reg. XIX, ver. 8.

traste profundo y de triste recordación. El noble Príncipe, olvidando los timbres de su cuna, corre ansioso las capitales de Europa, pidiendo á sus primeras escuelas luces para su inteligencia, y alcanzando con trabajos ímprobos y sin descanso esa variedad de conocimientos que todos habíamos de admirar más tarde. Y en cambio, su pobre Patria, bebiendo en el cáliz de la corrompida Babilonia, va rodando de cambio en cambio, y de exceso en exceso, á los abismos de la anarquía más cruel. Saqueados los templos del Dios vivo y profanados sus altares, perseguidos los sacerdotes, arrojadas de sus castos asilos las Esposas del Cordero inmaculado, envilecido el matrimonio cristiano y paseada ignominiosamente de Corte en Corte la corona de los dos Mundos, á las miradas de su legítimo Heredero....., demostrábamos á las Naciones cultas, con la elocuencia irrefutable del ejemplo, que nunca es el pueblo más esclavo que en los momentos de vértigo en que se cree Rey.

Del fondo de tanto mal surgirá el remedio. Los gritos y las esperanzas de España, vencida por sorpresa, pero no envilecida, irán á sorprender en medio de sus estudios al Rey deseado, y la Providencia divina lo conducirá de la mano al Trono de sus mayores. No vendrá como ambicioso conquistador que convierte en montones de ruinas y charcos

de sangre la gloria y la grandeza de su Patria, sino con la dulce bondad del joven, que, terminada su educación, viene á ocupar en el hogar de sus padres el puesto que de derecho le corresponde. ¡Providencia de Dios, bendita seas!

III.

ERMOSO día aquel, en que Alfonso XII es proclamado Rey en los campos gloriosos de Sagunto. Todavía resuenan en nuestro oído los saludos del Pueblo que, en la embriaguez del entusiasmo, bendice al futuro Pacificador. Su primera visita es para el Santuario, objeto ayer de escarnio y vilipendio, y sus primeras palabras oraciones de gratitud al Rey de Reyes. Así revelará á su Patria que le aclama y al mundo que le contempla, que si empieza para nosotros una nueva era, un reinado que ha de conocerse en la historia por el *Reinado de la Restauración*, en esta restauración no hay más venganzas ni otras represalias, que las

venganzas santas del olvido y las represalias divinas del perdón.

Contempladle en las alturas del Trono y en presencia del pueblo que ha de dirigir por los senderos del progreso moral y material. ¡Qué cambios tan profundos se han realizado en el fondo de esta Sociedad! No es ya el pueblo de 1868; no es la Nación dócil y humilde educada en la escuela del respeto y de la fe; es una nueva Sociedad minada por ideas demoledoras y aspiraciones insensatas que arrojaron sobre nuestro suelo pueblos extraños conmovidos por la Revolución, y á cuyas aspiraciones es ya difícil, quizá imposible resistir. Al lado de una generación que ofrece culto y homenaje á tiempos que ya pasaron, hay otra nueva generación que abominando del pasado y del presente sólo aspira las auras del porvenir. Qué prudencia se necesita para conciliar ideas tan extrañas, aproximar sentimientos tan encontrados y pasar por medio de ellos como una brisa de paz..... Esta es la obra maravillosa del Rey Alfonso. No levantará separaciones y antagonismos, siempre odiosos entre la España que dejó un día con lágrimas en los ojos, y la España que ahora vuelve á encontrar ¹. Sin desdeñar las tradiciones del pasado, ni entregarse á las

¹ Non declinavit ad dexteram neque ad sinistram. (II Paralip. XXXIV., 2.

imprudencias del porvenir, se verá obligado á dirigir las circunstancias por el camino de lo posible. Que hay sacudidas tan violentas y destrozos tan grandes en el orden político y en el religioso, que no es dable al poder del hombre reconstruirlos en toda su pureza, ni devolverles su primitivo esplendor.

Político hábil, con las intuiciones del genio, ya que no con los recursos de la experiencia, estudió su época, sorprendió las corrientes de la opinión, y encauzando los acontecimientos con fortuna, supo manifestar á su País y al mundo que no era grande para sus sienes la corona del santo Rey español ¹.

El primer acto político de su Reinado será una prueba de respeto y amor á la Santa Sede, restableciendo las relaciones, en mala hora interrumpidas, y haciéndolas tan íntimas y cordiales, que basten á tranquilizar nuestras conciencias y á merecer del Jefe Supremo de la Iglesia testimonios de simpatía profunda, nunca más manifiestos que en aquella hora angustiosa del conflicto hispano-alemán.

Demostrados á la faz del mundo sus sentimientos religiosos, concéntranse las miradas y el pensamiento del Rey Alfonso en

¹ Cum esset junior..... nihil puerile gessit. (Job, I, 4.)

el interior de su Patria. Tres guerras encarnizadas la destrozan, ahogando en sangre de hermanos todos los recursos de nuestra hacienda, y comprometiendo la integridad nacional. ¿Cómo plantar en este suelo minado y removido el árbol santo de la paz? Todo es posible para el valor y la sabiduría de un Monarca que lleva en su frente los prestigios de la legitimidad. Hay en el alma de los Reyes legítimos un ascendiente que se impone á todos, y una fuerza tan dulce y misteriosa, que ni la fuerza de las armas la sabe resistir. Así se elabora prodigiosamente la pacificación de España; y si sus heridas, por lo profundas, no pueden cicatrizar en un momento dado, tampoco trascurrirán muchos años sin que, en medio de tantas ruinas y apesar de tanta sangre derramada, veamos florecer las artes, progresar la industria y la agricultura, emprender las ciencias nuevos vuelos y elevarse la fortuna pública á un grado de prosperidad nunca jamás conocido.

Pero no basta á la ambición nobilísima del joven Rey el restablecimiento de la paz, y se dedica á estudiar las necesidades del ejército, verdadera garantía del orden y de la sociedad. Pródigo de su salud, nada ocupado del peligro, y con valor más grande que el demostrado en las llanuras del Centro y en las montañas del Norte, recorre los fuertes y

los cuarteles minados por la indisciplina y corrompidos por la sedición.

Educado en la escuela del infortunio, el corazón del Rey se entreabre para sentir todos los males de su pueblo, y remediarlos con inagotable largueza ¹. Un día, las cataratas del cielo se desbordan sobre Murcia, y mientras sus desolados moradores ven arras-tradas vidas y haciendas por las aguas de la inundación, llega hasta ellos, como Provi-dencia solícita y generosa, aquel Rey, cuya caridad no apagan las aguas desbordadas de la desgracia. *Aquæ multæ non potuerunt ex-tinguere charitatem* ².

Los acentos de Murcia agradecida, des-pertarán los ecos de Andalucía, que vió al Rey Alfonso socorriendo al pobre y exten-diendo su mano al indigente, en aquellas horas de angustia suprema, en que templos, montañas y palacios se balanceaban como hombres ébrios, y humeaban, como tocados por la mano de Dios: *qui tangit montes et fumigant* ³. Y al lado de Andalucía y Mur-cia se levantará Aranjuez, para decirnos, con acentos de gratitud eterna, aquella aparición de su Rey, bella y consoladora como la imagen de la esperanza, y tanto más heroica,

¹ Manum suam aperuit inopi et extendit ad pauperem. Prov. XXXI, 20.

² Cant. VIII, 7.

³ Psal. CIII, 32.

cuanto que sólo se respiraban en aquel sitio aires de infección y gérmenes de muerte.

Aunque atento á las necesidades del presente, no olvida, no descuida su alma nobilísima las atenciones del porvenir. La guerra, que cubrió el suelo de cadáveres, ha dejado miles de criaturas en la orfandad. A ellas se consagra la piedad generosa del Monarca que las cubre con manto paternal. Guadalajara y Santa Isabel, Loreto y el Escorial, con sus millares de huérfanos, dirán á la generación que nos suceda, las larguezas inagotables de Alfonso XII, y bendecirán su nombre con amor.

Ni es posible olvidar en este elogio los dos hechos más recientes de su reinado, y que mejor proclaman su prudencia y su valor. Las calles de París viéronle un día pasar por entre las muchedumbres ébrias, sereno ante el peligro y venciéndose á sí mismo, para no comprometer el Pueblo de quien era la más alta y gloriosa representación. Y más heroico, si cabe, le hemos visto nosotros desafiando la impopularidad de un amor Patrio exaltado, dispuesto á sacrificar su corona, que es la corona de sus Hijos, antes que exponer á desventuradas é inevitables contingencias la suerte de su Nación.

Mas no: no caerá de sus sienes, entre lágrimas y sangre, la corona que sin lágrimas ni sangre supo recuperar... Enfermedad

cruel es la que mina traidoramente su vida. En vano, para evitar á su augusta familia y á su pueblo los tristes presentimientos de esta desgracia nacional, ocultará los estragos de la muerte que se aproxima, manteniendo nuestro corazón entre temores y esperanzas... Llega un momento, ¡momento aciago y cruel! en que sin fuerzas ya para la lucha, y perdidas las energías para el combate, el noble Rey entrega cetro y corona al que es Autor de la vida y de la muerte; y único Rey ante el cual se rinden, sin humillarse, los que sólo reinan en su nombre y por su adorable voluntad.

.....
.....
.....

Alfonso XII murió. Y al derramarse la fatal nueva por el mundo, en todas partes despierta los mismos sentimientos de simpatía y de dolor. No es un pueblo que entierra á su Monarca entre recuerdos de amarguras y bendiciones de gratitud: son todos los pueblos de la tierra asociados en un mismo duelo, como si hubieran perdido para siempre al que llevase en sus manos los futuros destinos de la humanidad. Testimonio elocuente de este duelo fueron aquellas exequias sin ejemplo en que, al lado de los más

ilustres Príncipes de Europa, aparecen unidos, por vez primera en nuestra historia, todos los Pontífices de la Iglesia española. Allí se congregaron los cortesanos de la muerte, los que nunca tal vez subieron otras gradas que las del Trono de Dios.

Pero si Alfonso XII ha muerto, no morirá en la historia; antes bien ocupará una gloriosa página en nuestros anales, ese Reinado de restauración, de paz y de progreso, cuyas influencias fecundas llegarán á la posteridad. Alfonso XII vive en el corazón de los pueblos, en el espíritu de las leyes, en la conciencia de los pobres, y, más que en parte alguna, vive en el Trono, de donde la muerte le arrancó. Allí están el Hijo de sus esperanzas y la Esposa de su amor, formando un grupo interesante, como sólo pueden formarlo, abrazándose estrechamente, la inocencia y la virtud; pero inocencia y virtud heridas por el doble y sagrado infortunio de la viudez y de la orfandad. Allí está, con el alma enlutada como sus vestiduras, la augusta Viuda del inolvidable Monarca. La muerte ha hecho en su corazón de esposa destrozos tan crueles, que nuestro amor y nuestra gratitud podrán suavizar en esta vida, pero que sólo Dios ha de curar en el Cielo. Allí está también el Rey angelical, en quien se cifran hoy las esperanzas de todos. No busquéis lágrimas.

en sus ojos. Su candorosa ignorancia no ha penetrado todavía en las tristezas de la orfandad; y si tampoco asoma el llanto á los ojos de su augusta Madre, es que el amor y el deber le sujetan en el fondo del alma, para no revelar al inocente niño la pérdida de esta alegría la más pura entre todas las alegrías terrenales: las caricias de la paternidad.

Al lado del Huérfano y de la Viuda coloquemos la fidelidad de nuestros corazones, y pidamos al Cielo, uniendo con las tuyas nuestras preces, el eterno descanso para nuestro Rey.

Señor: tú, cuya esencia es la misericordia, y cuya ocupación más dulce es perdonar ¹, oye benigno las súplicas fervorosas que desde el fondo del corazón te dirigimos por el alma de nuestro amado Rey. *Non intres in iudicium cum servo tuo* ². No le juzgues, Señor, con los rigores de la justicia, sino con sentimientos de piedad. Tu fe divina guió siempre sus pasos por los senderos de la vida, y tu esperanza santa le sostenía en sus horas de angustia y de ansiedad: *in te speravit et credidit* ³. En cambio de esta fe y de esta esperanza, perdónale, Señor, las reservas é intermitencias de

¹ Cui proprium est misereri semper et parcere. In Missa def.

² In exequiis.

³ In Missa pro def.

la caridad, que nadie puede evitar: *nullus apud te justificabitur homo* ¹, y, colocándole entre tus santos y elegidos, concédele el reposo y la luz eterna en la Patria celestial. *Requiem æternam dona ei, Domine, et lux perpetua luceat ei* ². AMEN.

¹ Rituale Romam.

² Ibid.

